1º: El Anuncio del Ángel a María y la Encarnación del Verbo

 En el capítulo primero del Evangelio según san Lucas, se narra en misterio de la Anunciación; en esos versículos[[1]](#footnote-1) se nos indica la relevancia del acontecimiento, pues Dios manda a uno de los arcángeles, que, según san Gregorio Magno[[2]](#footnote-2), son los enviados por Dios para las cosas más sublimes. San Gabriel se dirige a María y la llama la «llena de gracia» y dice que el Señor está siempre con Ella.

 En un mensaje de Prado Nuevo, la Virgen explicaba con gran belleza por qué es la llena de gracia y la bendita entre todas las mujeres: *«Mira, hija mía* —le decía a Luz Amparo—*, Dios me elevó al Cielo, ante su divinidad, y me hizo participar de su gracia y de su sabiduría, y me otorgó grandes dones, y me atribuyó también grandes atributos de sus atributos, para que reinara sobre la Humanidad»*[[3]](#footnote-3).

2º: La Visitación de María Santísima a Santa Isabel

 Sobre el misterio de la Visitación, enseña el *Catecismo de la Iglesia*:«Juan fue “lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre” (...) por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo. La “visitación” de María a Isabel se convirtió así en “visita de Dios a su pueblo”»[[4]](#footnote-4).

 Al inicio del Evangelio, Dios visita a su Pueblo, representado en Juan el Bautista e Isabel, por medio de su Madre, María. Desde entonces, la Virgen no ha dejado de visitar al nuevo Pueblo de Dios, que es la Iglesia, manifestándose en distintos puntos de la Tierra, que nos muestran su inmenso amor. Por eso manifestaba la Virgen con dulzura en uno de los mensajes de Prado Nuevo: *«Amadme mucho, hijos míos, que yo os amo con todo mi Corazón. Os amo a todos, porque todos sois hijos míos»*[[5]](#footnote-5).

**3º: El Nacimiento del Hijo de Dios en Belén**

 El Pueblo elegido tuvo que esperar siglos para la venida del Mesías; pasaron generaciones para que los visitara; pero, llegado el momento determinado por la Providencia, «vino a su casa, y los suyos» no lo recibieron, como señala san Juan en su Evangelio[[6]](#footnote-6).

 Nos escandalizan quienes no aceptaron al Mesías en su tiempo, pero, nosotros, ¿somos acaso diferentes? Decimos creer en Él, pero negamos con nuestra vida de cristianismo barato esa profesión de fe. Decía el Señor a Luz Amparo con dolor en un mensaje: *«Óyeme, mi Corazón víctima se cansa de la ingratitud de mis amados hijos; no te hablo de la maldad de los impíos, sino de la malicia de los cristianos»*. Meditemos estas palabras, para transformar nuestras vidas mediocres con amor y fervor.

# 4º: La Presentación del Niño Jesús en el Templo

**y la Purificación de la Virgen María**

 En el cuarto misterio gozoso, se entremezclan dolor y gozo. Jesús es «luz de las naciones» y «gloria de Israel», a la vez que a su Madre le es profetizada esa espada de dolor, que traspasaría su corazón durante toda su vida.

 Así, manifestaba la Virgen en el mensaje del día de la Asunción de 1986: *«Mi Corazón sufrió mucho tiempo, hija mía, porque vio, desde Niño, la amargura que iba a pasar mi Hijo. Luego, cuando iba creciendo, veía su rostro tan bello (...). Veía sus grandes ojos y ese rostro tan divino, lleno de hermosura, cómo iba a quedar desfigurado por la maldad de los hombres (...). Luego, cuando mi Hijo iba creciendo, le acompañaba en sus predicaciones y mi Corazón rebosaba de gozo, hija mía. Pero esa espada seguía clavada dentro de mi Corazón».*

**5º: El Niño Jesús perdido y hallado en el Templo**

 Cuando la Virgen y san José encontraron en el Templo al Niño Jesús, no entendieron la respuesta de su Hijo —«¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?»[[7]](#footnote-7)—, pero la acogieron en la fe, y María «conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón»[[8]](#footnote-8), a lo largo de los años en que Jesús permaneció oculto en el silencio de una vida ordinaria[[9]](#footnote-9).

 Es lo que hemos aprendido en Prado Nuevo: el ocultamiento y servicio generoso sin esperar ser reconocido; así lo expresaba la Virgen en uno de sus mensajes: *«¡Ay, hijos míos!, cuando lleguéis arriba no habrá halagos y no habrá alegrías, porque os gustan abajo, hijos míos. Haced las obras y escondeos; os quiero ocultos, hijos míos»*[[10]](#footnote-10).

1. *Lc* 1, 26-28. [↑](#footnote-ref-1)
2. Cf. *In Evang.* l.2, hom.34. [↑](#footnote-ref-2)
3. 4-VI-1988. [↑](#footnote-ref-3)
4. *CEC*, n. 717. [↑](#footnote-ref-4)
5. 7-XII-1985. [↑](#footnote-ref-5)
6. Cf. *Jn* 1, 11. [↑](#footnote-ref-6)
7. *Lc* 2, 49. [↑](#footnote-ref-7)
8. *Lc* 2, 51. [↑](#footnote-ref-8)
9. Cf. *CEC*, n. 534. [↑](#footnote-ref-9)
10. 5-III-1994. [↑](#footnote-ref-10)